

Retrato de Julio Cortázar con Musas al fondo

Julio Ortega

Julio Cortázar buscó a lo largo de su obra cambiar el papel del lector. Imaginó un lector que abría la página e ingresaba al paisaje de la simpatía, esa gracia irónica que la poesía requiere para ser compartida. Imaginó con alegría un lector cómplice, capaz de humor y juego.

Pero no imaginó, en cambio, a sus lectoras. Musas o ménades, reclamaban intimidad y fidelidad, como si el escritor las hubiese rendido a una tarea que debía oficiar inapelablemente. Empezaban buscando un lugar en sus libros pero eran capaces de proponerse un lugar en su vida.

Esta extraordinaria conducta fue patente desde que apareció *Rayuela* en 1963. Las muchachas de la Facultad hubiesen querido ser Alina Reyes, incluso podrían ser Talita, pero querían, sobre todo, ser la Maga. Usaban medias negras, fumaban *Gauloise* y empezaban a cocinar mal. Llevaban su ejemplar de *Rayuela* bajo el brazo como una demostración de su “estado de disponibilidad”.

Julio Cortázar no había previsto esta vehemencia de sus lectoras. *Rayuela* poseía una intimidad gozosa y se demoraba en la admiración de la subjetividad femenina, más libre y a la vez más

plena que las virtudes elocuentes y laboriosas de la crisis existencial masculina. Sus lectoras, sobre todo las escritoras y críticas que se dedicaban a su obra como si le dedicaran la vida, parecían convocadas al modelo de Musa benéfica. Su “bovarismo” (su conversión de la realidad en literatura) resultaba peculiar: querían ser como las heroínas distraídas y despeinadas de Cortázar, pero también hacer de Cortázar una suerte de Pígalión capaz de descubrirlas y perpetuarlas.

Algunas de estas lectoras creían que Cortázar les hablaba personalmente y, otras, de armas poco secretas, le pasaban el cargo de su devoción encarnizada.

Una vez en París, Julio me contó que un grupo de lectores (“argentinos”, sentenció él) habían invadido su patio convocándolo a altas horas de la noche, pero él no se dignó responder y los atorrantes rompieron las macetas a nombre de su lectura.

Sus lectoras no se quedaban atrás. Al menos una de ellas me dijo que cuando Julio visitó Nueva York ella lo acompañó a caminar, y él entusiasmado por el paisaje le tomó una mano. Pero cuando se la soltó



Pablo Picasso, *Desnudo reclinado*, 1932

Este texto fue leído en la presentación de la nueva Biblioteca Cortázar, que coeditan la Universidad de Guadalajara, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica, en el marco de la XVI Feria Internacional del Libro de Guadalajara.



Pablo Picasso, *Niña frente al espejo*, 1932



Pablo Picasso, *El espejo*, 1932

ella quedó, como lectora, defraudada. Le escribió una carta reclamándole la mano. Cortázar le respondió, como un Pígalión relucante, que no había que confundir la libertad con el libertinaje.

No ha de extrañar, por lo mismo, que después de su muerte algunas amigas hayan suspendido el pudor para escribir sus vidas como parte de la obra de Cortázar. Preferiría no haberla leído, pero hasta una escritora seria ha escrito la biografía de Cortázar como si fuese la suya propia, sin poder evitar declararse la novia de Julio.

Aunque de pronto es verdad y todas sus lectoras son sus novias memoriosas.

Julio imaginó a la verdadera Musa (a la Maga) como a la mujer que no había leído casi ningún libro. Sospecho que en ello contribuyó su horror por las literatas.

Pero no había tenido en cuenta el hecho fundamental de que la mujer es irrepresentable. Todo lo que se diga de ella es siempre muy poco. No me sorprende, por lo mismo, que la verdadera Maga, una aguerrida polaca, cuando leyó *Rayuela* no se reconociese como el modelo de su propio personaje. No faltó quien se lo dijese: “la Maga eres tú”.

Ella, convertida en Musa retroactiva y en lectora vehemente, anunció que traduciría *Rayuela* al polaco. Julio saltó en su silla.

“¡La Maga traductora de *Rayuela*...!”, exclamaba aterrado.

Paco Porrúa, su legendario editor en Sudamericana, me contó en Barcelona que Julio le encomendó el encargo diplomático de disuadirla. La ex Maga montó en cólera; tiró al piso los libros del estante de Paco, como otro lector de *Rayuela* fuera de sus casillas.

Mucho me temo que Cortázar había concebido la lectura como un acto amoroso. Sus lectores ingresábamos al club de la lectura; no pocas de sus lectoras, a la recámara de la lectura. En uno de los discos que grabó, habla directamente al lector que seguramente está, dice, en algún tiempo y espacio remoto; pero que también está sentado del otro lado ahora que él habla y el lector escucha, en ese ámbito de intimidad donde nos convoca a compartir el asombro del mundo en el lenguaje. Esa ceremonia es eminentemente cortazariana.

Por ello, la Maga es, en verdad, ilusoria, y más que una mujer concreta (que a las lectoras femeninas, en cambio, resultaba insoportable), ella es la Musa de la lectura: aparecía como la legibilidad de lo femenino, pero resultaba ser insondable como un lenguaje desconocido.

Quizá todas las mujeres son la Maga de otro Cortázar. Y cada quien se descubre en la lectura mutua.

Con suerte, por un instante, sus lectores y sus lectoras le debemos la posible ternura que hay entre el cielo y la tierra. ☉